

EFFECTO INVERNADERO Y OTROS CUENTOS

Guillermo Fernández

2002-2005

ÍNDICE

En el zoológico / 3
Los amigos de mamá / 9
El aniversario / 17
Trajes-mariposa / 21
El odioso salvaje / 26
Lobo Urbano / 34
Como ladrón en la noche / 39
Efecto invernadero / 44
Camino de estelas / 63
Idioma al día / 71
La extinción de los vampiros / 75
La Rata / 79
Máscaras / 84
Un lindo cadáver / 89
Miradas / 94

En el zoológico

El autobús se detuvo. Un hombre asomó pidiendo al chofer que lo dejara viajar gratis. Tal vez era su conocido. Nadie lo supo. El hombre se subió con timidez y se sentó en uno de los primeros asientos. Su cabello le caía sobre los hombros. Llevaba la ropa más desaliñada que había visto. En su mano derecha traía dos zapatillas de mujer.

La madre y su hija que lo observaron con curiosidad estaban detrás del tipo. La niña sonrió con burla y la madre le indicó que se tranquilizara. Yo no había visto cuál era la causa de su agitación, hasta que me levanté un poco y observé que el hombre había puesto las zapatillas sobre el asiento de su lado. Este las contemplaba y parecía inquieto. La acción era graciosa y había que hacer un esfuerzo para no sentir también algo de patetismo.

Había pocos pasajeros en el autobús. A través de las ventanillas, las calles se veían húmedas por las recientes lluvias. El chofer se incorporaba, a intervalos, para limpiar el vidrio con el dorso de su mano, no contento con la acción de la escobilla.

La niña y su madre no cesaban de observar al hombre. Y yo también me uní a ellas. Era la acción más intrigante y sosa que nos pudiéramos imaginar.

El hombre se mostraba muy cuidadoso con las zapatillas, cada vez que el autobús frenaba y estas se querían salir del asiento.

Intrigado por su conducta, me senté en la fila de asientos de al lado y, decidido a llevarme su secreto, le pregunté:

–Bonitas zapatillas, ¿eh?

La pregunta hizo que la niña mirase a su madre con total enfado. Quizá le trataba de expresar que al loco se le había unido otro loco. La madre le ofreció un visaje de asentimiento.

El tipo me vio con desprecio. Si había parecido humilde al principio era solo para viajar gratis.

–¿Perdón? –me lanzó.

–Las zapatillas, hombre –insistí–. Me gustan mucho. ¿Las vende, acaso?

El hombre se inclinó hacia mí y me recalcó, en tono de confianza, para que nadie oyera más que yo:

–Sé que mi actitud es poco convencional –me miró malicioso, sabiendo incluso que podría estarme burlando de él–, pero aunque usted no lo crea, estas zapatillas están sobre los regazos de mi novia.

–¿Es invisible? ¿Cómo iba yo a saberlo? –dije más sarcástico.

–No es su culpa. Pero no se haga el listo tampoco. Respete los asuntos de los demás. Si nadie me va a detener por un hecho como este, ríase cuanto quiera.

Arrebatado por el coloquio del orate, ordené mis suspicacias.

–Perdóneme.

–De acuerdo. No se aflija. Déjeme solo explicarle que a ella le gusta caminar desnuda, pero jamás deja sus zapatillas. ¿Cómo habría de pasear sin ellas? Mi novia puede andar descalza, pero la lluvia congela el pavimento.

La absurda sinceridad pareció aumentar la tragedia del hombre. Creí que lo mejor era seguirle la corriente.

–¿Va para San José?

–Sí.

–¿Va de paseo?

–Sí. Sí. Mi nombre es Horacio.

–El mío es Francisco.

–Entonces le digo Chico.

–Como quiera. Y dígame, Horacio, ¿adónde va usted? Disculpe la pregunta.

–Hágala, señor. Usted no me cae tan mal. Ya sé que es una locura andar así con unas zapatillas. No crea que esto liga con mi personalidad. Puedo ser bastante lógico, pero cuando mi novia quiere pasear me veo obligado a salir en estas condiciones. A ella no le interesa la gente.

–Es un hecho, Horacio.

–A ella le interesa romper los esquemas. Por eso es invisible. Nada de carne por aquí, nada de carne por allá. Solo viento acariciante. En cuanto a ser vanidosa, es igual a todas las mujeres. Hoy vamos al zoológico. Le gustan los animales. Su preferido es una lapa de colores tan vistosos que parece vestida para un carnaval.

–¿Entonces se queda en el centro?

Mi pregunta tenía una doble intención: saber dónde se vería Horacio forzado a poner las zapatillas en el suelo para que su novia se las ajustara y verlo después a los ojos, ante la completa imposibilidad, para conocer la reacción de un loco en dificultades.

–Sí, señor. Nos bajamos en el centro.

Aunque me sentí malvado, no podía vencer el deseo de ver a Horacio una vez que pusiera las zapatillas en el suelo. Era, claro está, la perversidad que desarrollamos los cuerdos ante los lunáticos. Un deseo de destruirles sus castillos y de hacerlos sentir miserables.

–Mal tiempo para pasear, Horacio... –susurré, levantando una de mis palmas, y mostrándole el alrededor.

–No crea, Chico, para mi novia no hay un tiempo malo. Cuando llegue al parque Bolívar, aunque llueva, se sentirá feliz. Me gustaría que usted estuviera presente.

–Ah, sí... sí...

–Lo digo en serio, señor.

La invitación de Horacio me confundió. Su calibre de loco seguro me irritaba.

–Los acompañaré –exclamé firme.

–Gracias.

–¿Por qué, gracias?

–Porque hay poca gente como usted. Gente que quiera pruebas de esta verdad. Gente que desea ver lo invisible y encantarse con una promesa.

Horacio hizo un gesto como si alguien a su lado le hablara y prosiguió:

–Mi novia desde ahora dice que le tiene respeto. Había guardado silencio al considerar que usted fuera una persona vulgar y despreciable. Ella entiende que no es así.

–Dígale que se lo agradezco.

–No es necesario. Ha profundizado su corazón y está convencida de que usted es incapaz de hacerme daño a mí o a ella. Está invitado, como le dije, para que nos acompañe al parque. Quizás hasta pueda observar de ella algunos detalles que solo me consagra a mí.

–¿Detalles?

–Sí. Debo decirle que ella no siempre es tan invisible. En algunas ocasiones es tan solo vaporosa. Una bruma que se contonea. Y créame una cosa: cuando estimulada por la simpatía adquiere esta forma extraña, uno realmente se siente feliz. No hay nada que pueda comparársele...

El autobús llegó en un momento inesperado al centro de San José. No había percibido, por la conversación de Horacio, que la capital estaba soleada. No se veían huellas de ninguna lluvia. Más bien hacía calor.

Horacio me hizo un gesto de que lo siguiera cuando se levantó del asiento. Por un instante me percaté de que me había excedido. Más insidiosa fue la curiosidad.

–¡Sígueme, Chico, sígame! –me urgía.

Atrás quedaron la niña y la madre viéndonos ingresar en la multitud. No sabían si olvidarnos o también seguirnos.

Había mucha gente en las calles. Horacio tenía que hacer malabares entre los cuerpos para ser congruente con su prisa. De vez en cuando se volvía para mirarme, como si todavía guardara dudas sobre mí. Las zapatillas las llevaba en su mano derecha igual que un portafolios. Consideré en ese momento que había llegado la hora para que Horacio las colocara sobre la acera, y se mostrase a sí mismo, y ante un hombre normal, que nadie habría de calzárselas.

–Horacio, espere un momento –le ordené–. ¿Y su novia no se va a poner las zapatillas?

–Claro que no, Chico. Con este sol jamás inventaría algo así. Solo cuando hay humedad en las calles... recuerde...

Había olvidado el detalle y observé el reloj. Todavía contaba con quince minutos antes de llegar al trabajo. No sabía por qué me hervía tanto deseo para que Horacio entendiera la verdad de su propia farsa.

Enardecido, como mi acompañante, adopté un paso rápido. Quería que el asunto terminara lo antes posible. En algún momento le recomendé que tomáramos un taxi, pero el hombre declinó la oferta.

–A mi novia le gusta este ritmo –dijo–. Y en efecto Horacio caminaba veloz, pero con suma delicadeza. Quizás como un gato se escabulle sobre un muro. En el Parque España, volvió a cerciorarse de que yo viniera detrás de él y mientras atendía el semáforo en la esquina del Instituto de Seguros, movió sus piernas igual a un corredor en la línea de salida.

Cuando llegamos al parque Bolívar, el sudor me corría por la frente. Por más que hacía el esfuerzo de limpiarme el sudor con un pañuelo, volvían a salirme más y más gotas.

En la ventanilla pagué las dos entradas y penetramos en un parque casi solitario. El león y el tigre estaban dormidos. Como no habían hecho la limpieza había un olor insoportable. Solo los gansos parecían realmente animosos.

–Bien, bien, Horacio. Es hora de que me vaya –le exclamé con angustia. Finalmente, no quería seguir adelante e iba a llegar tarde al trabajo.

–No se va a arrepentir –me prometió, mientras me hacía giros con la cabeza para que lo terminara de seguir. Llegados ante unas jaulas donde jugaban unas lapas pintonas y alegres, el hombre me guiñó un ojo. Al cabo de unos segundos me susurró:

–La siente.

Sentí realmente como si alguien estuviera al lado de Horacio, pero todo era debido a su fanática obsesión.

–Sí, claro.

–Da vueltas y vueltas en torno a nosotros. Está bailando para las lapas, Chico. Es algo que usted no puede dejar de sentir. ¡Siéntalo, señor, siéntalo!

Las dos manos del hombre tomaron mi hombro y me estremecí de un lado a otro.

–Esto lo hace porque ve las lapas. Si estuviera ante el león no haría algo así. Ella no baila para seres carnívoros, sino para criaturas volátiles. Criaturas que comprenden su maravilloso poder.

–Es hora de que me vaya –le reiteré mirando mi reloj y convencido de que era imposible modificar el mundo de Horacio.

Al oír esto, el alucinado se dobló como si alguien lo hubiera atraído para confesarle algo. Sus ojos se cerraban y se abrían como si lo escuchado fuera terrible.

–Aún no, Chico, debo hacerle una declaración.

Horacio se me quedó viendo con el semblante totalmente cambiado. Creí ver que sus manos temblaban. Detrás de nosotros se oía el chillido de los monos y los graznidos de las lapas verdes. De vez en cuando se oía algún otro grito indefinible.

–Lo que voy a decirle es bastante duro para mí...

Cuando terminó la frase incluso las lapas simulaban expectación.

–Ahora sé que no debí haberlo invitado a venir, Chico. Creo que ella lo prefiere a usted.

–¿Qué cosa?

–Debí haberlo sospechado. Por algo me pidió que lo trajera. Esto es el fin para mí, pero el comienzo para usted.

–No tome esto en serio, Horacio –le dije palmoteando su espalda.

–No me consuele. Esto le sucede a todo el mundo. Pero consideré que a mí no me iba a pasar. Era tan difícil que alguien más penetrara sus sentimientos. Déjeme decirle que desde este momento la he perdido. Aquí dejo sus zapatillas por si llueve más tarde.

Cuando dijo esto se aseguró, volteando la palma de su mano, de que no hubiera tan solo un poco de llovizna. Tranquilo al reconocer que había suficiente sol, dispuso con cuidado las zapatillas sobre el césped. Las miró adolorido.

Después siguió:

–Me voy feliz de que un hombre con su corazón la haya enamorado en tan corto tiempo. Es algo imposible de creer... –Horacio se frotó la cara con una de sus manos–. ¡Yo tuve que cortejarla durante meses! No sabe lo que significa para un hombre como yo, sin estatus, famélico y torpe, atreverse a hablarle a una mujer como ella.

–No creo que sea el fin –lo amonesté preocupado.

–No sabe lo que dice. Ahora usted tendrá que complacerla. En el momento en que yo abandone este parque, usted se hará cargo de mi ex novia. Pasará cuando ella se lo indique. Llevará sus zapatillas por si cae un chaparrón. Con los días oírás sus primeras palabras. Palabras como ecos o tañidos de campana. Y usted se dirá a sí mismo que su voz no le concierne. Un día cualquiera lo llamará por su nombre.

Le pedirá palabras amorosas los días en que usted no puede pronunciar ni siquiera palabras de odio. Le exigirá que la mire bailar sin que pueda saber cómo lo hace. Usted le afirmará que su danza es más bella que el sol. Ella soplará en sus oídos. Usted le dirá que sus manos son más frías que la lluvia o que su cabello se mueve como las hojas. Ella le imprimirá durante la noche una uña en su pecho o, cuando menos lo imagine, lo punzará con su pezón vegetal en la mañana para que despierte. ¡No hay sensación más encadenante! ¡Lo sabrá! ¡Usted no tiene armas contra eso!

Cuando se le aparezca como un vapor, Chico, usted se considerará feliz. Creerá que atrapa una figura para mostrarse ante usted, y que moldeará sus brazos y muslos. Por un momento verá unos labios o un vientre atardecido. Usted pensará que al fin se le ofrece.

Sin embargo, ella le susurrará promesas tan extrañas y anhelos tan hondos que usted postergará todo por oírla de nuevo. Cuando usted considere que la carne es accesorio, que los besos apasionados son asuntos de otros, usted habrá enloquecido, señor.

Me voy contento porque me libero de una mujer que lo angustiara de una forma desconocida. ¡Usted no sabia lo que era sufrir hasta ahora!

Al terminar Horacio me estrecho las manos y se alejo corriendo. Las lapas me miraban como señoras que han escuchado una confesion magñifica y aguardaban mi respuesta. Yo di una vuelta sobre mí mismo, mirando la amplitud modesta del parque. Ningún animal emitía sonido alguno. Miré los zapatillas de mujer sobre el césped y quise llamar a Horacio, pero el hombre ya se veía demasiado lejos.

Hice un gesto de adiós a las zapatillas. Sonreí. Pensé que llegaría tarde. “No importa, me dije, casi nunca me sucede”. Me voltee para marcharme como lo hizo Horacio, pero no pude. Algo había ocurrido en tan solo unos cuantos segundos. Tuve la impresion de que si abandonaba las zapatillas, era posible que después lloviera, ¿cómo, entonces, habría de caminar ella conmigo, sobre tanta humedad?

Los amigos de mamá

Cuando se divorció de Míriam consideró decente buscar su propio apartamento. Divagó un poco en los gastos, con cierto temor de convertir su soledad en una jauría de lobos extraídos del ayer, que se lo comerían vivo, de noche en noche. Recordó, también, que su madre pasaba por largos períodos de enfermedad, y que podría ser oportuno el gesto de acompañar a la anciana, ahora que había quedado sola después de la muerte de su segundo esposo. Los papeleos sobre el divorcio lo habían dejado sin fuerza moral y física. Aún lo descompasaba el sentimiento de invasión prolongado del otro en la vida íntima que produce el mal matrimonio. Y esperaba poder librarse de él con el tiempo.

Una tarde llegó con sus pertenencias al umbral de su antigua casa. Una ola de ladridos siguió de inmediato al tocar el timbre. “Son los perros de la vieja”, pensó.

La anciana abrió la puerta con dificultad, deteniendo el paso de los perros incontenibles, que la oprimían por la espalda, ladrando.

—¡Ah, al fin viniste! —exclamó al verlo con su habitual cariño de madre—. Te esperaba un poco más tarde. Sólo dame un poco de tiempo para resolver un asunto. ¿Qué necios, verdad? —explicó refiriéndose a los perros—. ¡Los pondré en el patio! Sentate en la mecedora. Mirá qué lindas chinas.

Ignacio miró la jardinera y reconoció no solo las hermosas chinas. Se distinguían también dos pomos y una enredadera que subía por una columna hasta tomar la planta alta, donde, como había visto al cruzar el atrio cubierto de césped, se expandía en todas direcciones sin ningún cuidado. Era la primera vez, desde hacía mucho tiempo, que tenía una visualización objetiva de la casa, la cual se le mostraba con un rostro ajeno.

Su madre no tardó en abrir completamente la puerta. Un perentorio beso acompañó el reencuentro y los dos penetraron a la casa, abrazados.

Durante los primeros días al lado de su madre, él le señaló, sentencioso, que se encargaría de sus propios asuntos. Hasta le prohibió que le tendiera su cama. La mujer insistió desde lo profundo de una temeridad casi senil; pero Ignacio trató de ablandar su porfía, animándola a recibir de él una compañía más que un trabajo extra para su edad. Entre hilarante y aprensiva la anciana aceptó y, a la mañana siguiente, Ignacio trajo consigo a una empleada doméstica, recomendada por un compañero de trabajo para realizar las tareas duras. La madre sin embargo no quiso ninguna interferencia en la atención de sus

animales, a los que ella seguiría alimentando, porque conocía el *gusto* de cada uno, así como la proporción y la sustancia de lo que debían comer.

Conforme pasaban los días, y la resaca de su reciente divorcio oxidaba sus fibras por debajo, estaba seguro de que su propio ángel lo reunía de nuevo con su madre, para que repensase su condición de hijo lejano y gélido. Era como si ese ángel le dijese: “Quizás fuiste un fracaso con tu mujer, pero también lo has sido con tu madre. Con esta última podés hacer algo. ¿Por qué no lo intentás?” La voz interna afloró en un esfuerzo que entendió como surgido del alma. Este lo golpeó por dentro para que tendiera un puente hacia ella, con la cual había tenido un nexo esencial, y de la que se había desgarrado como insólito primate malagradecido.

Un error fue considerar que la anciana iba a dar un paso hacia él comunicándole sus más íntimas dolencias y temores, salvando así en parte su deuda a través de la atención. No contaba con que ésta bien podía tener una imagen cariñosa del hijo, aunque exenta de actualidad. La falta de esa actualidad se demostraba en la insistencia de referirse a su vida de hombre adulto como algo abstracto y sin sentido real para ella. Por ejemplo, cuando volvía del trabajo, la anciana, al verlo aparecer, le llamaba *Nachito*, su sobrenombre de niño, el cual le parecía exasperante, porque le recordaba las bromas que los demás niños le hacían. Una de las ganancias de ir haciéndose viejo era haber podido librarse del odioso sobrenombre, que su misma madre le había endilgado como una cruz.

—¡Hola, *Nachito*!, ¿quierés café, verdad? Flora lo dejó hecho. Ah, también planchó tu nueva camisa; yo estuve siempre a su lado, vigilándola; es una tarea de cuidado...

Su gran prueba, desde luego, fue callar. Y después lo fue tomando con hidalguía. Se trataba de su propia madre, cómo no. ¿No podía tolerarle esas pequeñas injusticias? ¿Él no había sido una especie de sangrón con ella en el pasado, cuando apenas la visitaba por una tendencia de no perder una costumbre, más que por su gran amor de hijo? A veces solo se detenía un momento para saludar a la anciana, detención, por demás estaba decirlo, que distaba mucho de aquella que solía cumplirse en los días inevitables. La visita era fugaz. Y aunque la mujer siempre trataba de disuadirlo un poco para que dilatase su despedida, Ignacio sabía inventar un compromiso del que dependía su salvación o un inminente negocio. Ahora que venía como un hombre derrotado —casi raquíutico por el largo proceso de separación—, reparó en la mujer cuidadosamente, con la humildad y la inocencia que producen al fin las experiencias devastadoras, y vio a una pequeña ancianita, sola en una gran casa, y rodeada —más que cuando él era niño— de un mayor número de acompañantes del reino animal, con los que departía espontáneamente a todas horas.

Después de mucho tiempo volvió a sentir que tenía un gran amor por esa mujer y que también había olvidado ese amor por completo. No estaba sin embargo para culparse en el presente y sumar a su desánimo una nueva fronda de oscuridad. Lo que debía hacer ahora era dar a la anciana lo que él y sus hermanos habían dejado de otorgarle y por el tiempo que Dios le permitiera, porque su aspecto tenía el matiz del enfermo crónico. No era una exageración que debía darse prisa.

Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

